

Van-Espen y á otros autores de esa calaña mas como estaban seguros de que al fin habian de que á los libros y á los principios autorizados por la Iglesia, se dedicaban á propagar las lecciones de sus maestros, y suponian que adoptándolas harian renacer los dias mas hermosos del cristianismo. Su afan no se dirigia mas, decian ellos, que contra los abusos, y con este pretesto reformaban imperiosamente los usos y las instituciones, que no se conformaban con el plan que habian ideado. La Iglesia, á lo que ellos decian, se hallaba en un estado de desolacion y ruina; su gobierno era vicioso, tiránicas sus leyes, supersticiosos sus usos, abusiva su disciplina, y hasta su misma doctrina estaba desfigurada. Hallaban defectos sin número en el edificio fundado por el mismo Hijo de Dios, y querian rehacer de nuevo la obra que decian habia salido defectuosa de manos de este Divino arquitecto. La autoridad central, que desde Roma veía sobre todo el mundo cristiano, ha sido siempre una cosa incómoda á todos los novadores; y por lo tanto estos la despojaban de todos sus derechos. Disputábanla desde luego ese dominio temporal, que realza la dignidad del Pontífice dándole el esplendor del poder soberano, y que estando unido á la Santa Sede hace ya una larga sucesion de siglos, presenta la prescripcion mas antigua y títulos no menos sólidos que aquellos en que están establecidos los demas gobiernos de Europa. En seguida atacaban al poder espiritual, tan respetable por el origen de donde dimana, por su objeto, por su antigüedad y por los buenos resultados que ha producido. Reducian á nada esa cátedra principal, fundada por el jefe del colegio apostólico; ese centro de unidad, á cuyo gremio es necesario pertenecer para ser considerado como católico; esa sede, cuyo brillo se refleja sobre toda la Iglesia; ese tribunal, de donde salieron tantas decisiones sólidas y luminosas, y cuyos decretos tan repetidas veces han confundido al error. Querian librarse de esa autoridad que habia aterrado á sus antecesores, y

ser proscritos por ella, querian vengarse tachándola de tiranía.

Juan Nicolás de Hontheim, obispo de Miriophita y auxiliar de Tréveris, por la parte austriaca y francesa de aquella diócesis, prelado laborioso y erudito, y de conducta ejemplar, tuvo la desgracia de dejarse seducir por este sistema. Adquirió una triste celebridad por su libro *del Estado de la Iglesia y del poder legítimo del soberano Pontífice*, impreso bajo el nombre de Justino Febronio (*Justini Febronii, de statu presentis Ecclesiae, liber*), obra enteramente conforme con las ideas de los nuevos canonistas que han tomado á su cargo desnaturalizar el gobierno de la Iglesia, destruir la autoridad de la sede apostólica, y renovar todas las máximas de los protestantes contra el poder eclesiástico. Hontheim no veía en la Iglesia mas que una especie de república, en la que el Papa no habia podido, sin cometer una usurpacion, abrogarse el poder de que gozaba. Segun este autor, la autoridad pertenecia al cuerpo entero de la Iglesia, la que confiaba su ejercicio á los pastores. En el sucesor de San Pedro no reconocia mas privilegios que los que son poco mas ó menos comunes á los demas obispos, disputaba á la Iglesia sus derechos sobre la condeñacion de los libros, y la reducía á ser, aun en el círculo de sus atribuciones, esclava del poder civil. Por lo demás, los principales defectos de la obra podian reducirse á contradicciones chocantes, citas aventuradas, invectivas contra los que no profesaban sus principios, y una exageracion continua en dar á la corte romana el colorido mas odioso; tales eran los principales vicios de su obra. Hay poco enlace y poca consecuencia en este libro. En una parte, por ejemplo, Hontheim concede al Papa la primacia, no solamente de honor, sino tambien de autoridad y poder sobre todas las iglesias, y luego en otra parte asegura que no le reconoce jurisdiccion alguna.

Los concilios generales le parecian únicos jueces infalibles de las controversias, y mas allá concede el mismo derecho á la Iglesia dispersa. Con las mismas contradicciones habla del concilio de Trento, de la bula *Unigenitus*, de Fra-Paolo... La publicacion de semejante obra metió mucho ruido en Alemania, y aunque el autor no habia dicho al principio su nombre, no se tardó en saber que Justino Febronius era el obispo de Miriophita. Unos hablaron de su libro como del escrito mas sólido y profundo, y otros no vieron en él mas que una repeticion de las declamaciones de los autores protestantes y de los que en aquellos últimos tiempos habian seguido sus huellas. Clemente XIII condenó la obra el 14 de marzo de 1764, en un breve dirigido al príncipe Clemente de Sajonia, obispo de Ratisbona, el cual dió á conocer á sus diocesanos el juicio que acerca de ella debian formar. El arzobispo de Colonia, los obispos de Constanza, de Ausburgo, de Lieja y otros varios, se unieron al Pontífice para reprobar este pernicioso libro. Varios teólogos alemanes demostraron tambien sus errores, y refutaron sus principios, siendo los doctores de Colonia los primeros que lo efectuaron. Zaccaria, Froben, Zech, Kleiner y Feller, escribieron tambien con mas ó menos estension contra el obispo de Miriophita. Bien hubieran debido desengañarse en vista de esto sus partidarios; pero las mismas preveniciones que habian servido para poner en circulacion la obra, sirvieron para proseguir sosteniéndola. Sus principios se difundieron y penetraron hasta en el seno de las universidades, en varias de las cuales se vió prevalecer muy luego una teología y un derecho canónico, fundados sobre bases enteramente nuevas, y que se asemejaban mas á la enseñanza de los protestantes que á la doctrina de las escuelas católicas (1).

(1) *Memorias para la Hist. Ecles. del siglo XVIII*, t. 2, p. 436-437.

En presencia de tales peligros de que la Iglesia de Dios se veia amenazada por todas partes, ¿no podria decirse que los jesuitas eran mas necesarios que nunca? ¿Habian reclamado jamás las circunstancias mas imperiosamente el socorro de esta milicia activa y experimentada? Pues sin embargo, en esta posicion tan critica, era cuando los príncipes se obstinaban en privar á la Iglesia de auxiliares tan útiles.

Hasta entonces el romano Pontífice no habia hablado sino como padre que procura atraer á sus hijos descarriados. Sus cartas á varios soberanos y prelados, en particular á los de Alais y de Angers, y sus esfuerzos cerca de Luis XV, no habian podido detener la catástrofe. Despues de haber escrito á todos los obispos, y haberles pedido su parecer, que casi fué unánimemente favorable á la conservacion de la Orden, se determinó á hablar como Papa. En vista del acto emanado de la autoridad soberana, que consumaba en Francia la ruina de la Compañía de Jesus, comprendia Clemente XIII la necesidad de una solemne protesta. Publicó, pues, el 7 de enero de 1765, la bula *Apostolicum*, en la que confirma nuevamente el Instituto de la Compañía de Jesus; monumento eterno de celo y de valor en medio de las circunstancias mas criticas que jamás se hayan conocido. La voz de la Santa Sede, apoyada de todo el episcopado, es sin ningun género de duda la voz de la Iglesia católica, de esa Iglesia que Jesucristo mandó á los príncipes y á los pueblos escuchar, so pena de ser tratados como gentiles y publicanos. Esta es la doctrina católica; la de los parlamentos, si se atiende á sus obras, era la de rechazar y proscribir los actos mas auténticos de los primeros pastores unidos á su Jefe. Asi, los esfuerzos del Vicario de Jesucristo quedaron infructuosos, y las palabras solemnes que desde lo alto de la Cátedra apostólica habia pronunciado, fueron consideradas en Francia y en Portugal como

no dichas (1). Varios parlamentos prohibieron el extremo de invitar al rey á usar de sus derechos sobre el Condado.

## LIBRO SETIMO.

(NONAGÉSIMO SEGUNDO.)

### Estado de la Religion católica en los países de mision.

La Europa ha fijado ya no poco tiempo nuestra atención, porque en realidad los acontecimientos mas importantes para la Religion se desarrollaban sobre este imponente y triste teatro; pero el Salvador destinó su Evangelio á todas las naciones, no hay parte alguna del universo que este Evangelio no esté llamado á ilustrar y fecundar. Emprendamos, pues, una peregrinacion en torno del mundo para reconocer los progresos y beneficios de la Religion de Jesucristo, por todas las partes, á donde con el auxilio de datos históricos nos sea posible penetrar. Echemos una rápida ojeada sobre la vasta estension del globo: no hay region por remota que sea, no hay una nacion por separada que se encuentre de las demas, sea en el Antiguo ó en el Nuevo Mundo, donde no haya penetrado mas ó menos la influencia de las ideas que caracterizan al siglo XVIII. Luego volveremos á traer nuestra atención sobre los diversos Estados de Europa, en los que haremos ver una actividad, unas miras, unas empresas, una política enteramente nuevas y una fermentacion general cuyos efectos se han desarrollado en todos los géneros. Por de

(1) Pombal, Choiseul y Aranda, etc., p. 84-85.

pronto, el Asia y las demas regiones de Oriente, cuna feliz del cristianismo, van á ser el objeto de nuestras meditaciones.

Entre los pueblos del Asia, cuya situacion importa mas conocer, porque sus intereses se hallan alguna vez mezclados con los de las naciones europeas, figura en primer término el imperio Otomano. Esta potencia, tan formidable en otros tiempos, se ha ido debilitando y viniendo á menos á cada nuevo reinado por los reveses que sucesivamente ha sufrido en cuantas guerras sostuvo contra los persas, los rusos, los imperiales, los polacos y los venecianos. Cada tratado de paz le costaba algunas provincias, ó cuando menos algunas plazas importantes á la seguridad de sus fronteras; de modo que su dominacion se ha ido reduciendo de dia en dia á limites mas estrechos, á medida que á sus espensas se ha ido ensanchando por todos lados la de sus vecinos.

La causa principal de esta decadencia, provenia tanto de su constitucion política y naturaleza de gobierno, como de la condicion afeminada y voluptuosa de los príncipes que llegaban á la soberanía, de las variaciones continuas é inestabilidad de gabinetes, de la ambicion, orgullo é incapacidad de la mayor parte de los que improvisadamente ascendian

á los primeros puestos y caian de ellos con igual precipitacion sin poder preveer ni averiguar la causa de su desgracia; provenia tambien del capricho é indisciplina de la terrible milicia de los jenizaros y spahis, tan repetidas veces funesta á sus mismos amos, y finalmente, de la inconstancia del pueblo, siempre fiel á la raza otomana, pero rara vez adicto al príncipe que le gobierna, cuyas buenas ó malas cualidades casi nunca le son conocidas. Añádase á todas esas causas el abuso del poder absoluto, casi siempre opresivo en manos de los que lo ejercen á merced de sus pasiones; la falta de miras y de plan uniforme en el manejo de los negocios, las preocupaciones y embrutecimiento del pueblo, naturales consecuencias de una falsa religion; y en vista de todos esos elementos desorganizadores, nadie se admirará de que una potencia, que aun á principios del siglo XVIII amenazaba á la Europa, hubiese decaido tan rápidamente de su antiguo esplendor y caminase visiblemente á su ruina.

Comparando los principios de destruccion que corroen el interior de ese imperio, con los planes de engrandecimiento que de tiempo atrás meditan los Estados vecinos, y que no se descuidan en ir llevando á cabo todas las veces que la combinacion de circunstancias les proporciona ocasion, se vé que su decadencia es tan rápida y tan marcada, que podria casi anunciarse como próximo el tiempo en que nada le quedará de lo que aun posee en Europa, y que aun en el Asia misma se verá acaso reducida á limites muy estrechos; al Oriente por los rusos y al Mediodia por las frecuentes insurrecciones de los pequeños soberanos que con varios pretestos devastan la Siria, el Egipto y las demas regiones del Africa. Los tratados de 1736 para Europa y de 1746 para el Asia parecen haber sido el término de sus prosperidades: por lo menos es cierto que desde estas dos épocas todas las empresas de la Puerta otomana le han salido

mal, ó por mal concertadas, ó por mal sostenidas.

En vano los turcos vieron á un célebre apóstata llevarles el socorro de su valor y experiencia militar: el horror que les inspiraba aquel tráfuga que habia renegado de Jesucristo, les impidió utilizar sus talentos. Claudio Alejandro, conde de Bonneval, que es de quien hablamos, oriundo de una antigua familia de Limosin, se dedicó desde muy jóven al servicio de las armas, y se distinguió en Italia á las órdenes de Catinat y de Vendome. Hubiera llegado á los primeros empleos del ejército, si algunos disgustos no le hubiesen comprometido á dejar en 1706 su patria para pasar al servicio del emperador. El ministro Chamillart le hizo condenar en 24 de enero de 1707 á ser decapitado. Habiendo el emperador declarado en 1716 guerra al gran señor, el conde de Bonneval participó de las victorias del príncipe Eugenio contra los turcos, dando pruebas de valor en la batalla de Peterwaradin. Era entonces mayor general del ejército, y hallándose al frente de doscientos hombres de su regimiento, se vió rodeado de un numeroso cuerpo de jenizaros, contra quienes se batió con una intrepidez verdaderamente asombrosa, hasta que habiendo recibido una lanzada fué derribado al suelo y pisado por los caballos. En el acto sus soldados formaron en su derredor una muralla, y batiéndose con admirable denuedo consiguieron poner en fuga al enemigo. Solo diez de aquellos valientes, que no sucumbieron en tan desigual combate, cogieron en hombros á su general, y le condujeron en triunfo al ejército victorioso, donde á resultas de accion tan brillante fué nombrado á poco tiempo teniente feld-mariscal. Por desgracia el valor y talentos del conde de Bonneval estaban acompañados de orgullo, de indiscrecion y de cierta ligereza satírica que le hizo perder la amistad del príncipe Eugenio. Hallándose en los Países-Bajos en 1720 se le antojó pedir públicamente satisfaccion al mar-